

Julio Albi de la Cuesta

BANDERAS OLVIDADAS

El Ejército español en las guerras
de Emancipación de América



Banderas olvidadas. El Ejército español en las guerras de Emancipación, es uno de los escasos estudios dedicados a los ejércitos que combatieron en pro de la Monarquía española durante los procesos de emancipación en la América española a comienzos del siglo XIX. Julio Albi de la Cuesta, autor de éxitos como *De Pavía a Rocroi*, describe con pasión, pero ecuanimidad, un quinquenio de conflictos decisivo tanto para el futuro del continente como para la metrópoli, que en sus primeros años se desarrolla al compás de la Guerra de la Independencia y vendría marcado por las nuevas ideas políticas que eclosionaban a ambos lados del Atlántico.

En cada capítulo de *Banderas olvidadas. El Ejército español en las guerras de Emancipación*, Albi describe los principales teatros de operaciones, analiza las fuerzas implicadas y describe las batallas combatidas, en un conflicto que tuvo tanto de guerra civil como de emancipación, con muchos americanos militando en las filas de los ejércitos realistas. Unos hombres, una historia y unas banderas que merecen salir del olvido.

PRÓLOGO A ESTA EDICIÓN

Siempre es una satisfacción el renacimiento de un libro, que inevitablemente llega acompañado de recuerdos que, en este caso concreto, se asocian a dos ciudades tan distintas como Roma, donde se empezó, y Tegucigalpa, donde se terminó.

Como todos los que he publicado, este trabajo respondió al deseo de conocer mejor un periodo histórico y a la imposibilidad de encontrar una obra de dimensiones razonables que diera satisfacción a esa curiosidad. En el fondo, siempre he escrito lo que me hubiera gustado poder leer.

Cuando empecé a escudriñar la época de la emancipación americana, lo primero que me llamó la atención fue la escasez de la bibliografía española sobre el tema. En 1883, Seeley dijo, jocosamente, que parecería que Gran Bretaña había conquistado un imperio en un momento de distracción. Daría la impresión que España lo perdió en parecidas circunstancias a la vista del mínimo rastro que, desde la perspectiva que me interesaba —la militar— tamaño acontecimiento había dejado en las bibliotecas. De un escrutinio de los escuálidos anaqueles, en efecto, y con algunas excepciones, todas anteriores al siglo XX, se podría deducir que Carabobo y Ayacucho nunca habían existido. Así, y como apunté en su día, a la vez que se enterraron esas y otras derrotas, se sepultaron no menos victorias y, sobre todo, el recuerdo de una abnegación y una lealtad ejemplares.

En América, en cambio, proliferaban los estudios, pero, en ocasiones, demasiado teñidos por el lógico deseo de

glorificar lo que había sido la epopeya fundacional de aquellos países.

Por fortuna, desde que apareció *Banderas olvidadas* hasta la actualidad, la situación ha cambiado tanto hasta ser irreconocible. Al contrario que entonces, ahora, el problema al abordar una tarea similar sería la enorme amplitud de lo publicado en los últimos años, en ambos lados del Atlántico; el propio autor de estas líneas ha contribuido mínimamente a ello, siendo culpable de un trabajo más, ceñido al virreinato peruano. Pero tan importante o más que este esfuerzo de divulgación, en sí mismo, ha sido el proceso de revisión de mitos y leyendas emprendido en determinados sectores iberoamericanos, en busca de una historia quizá menos heroica, pero seguramente más cercana a la realidad. Tiempo es, en efecto, y parafraseando a Pino Iturrieta, de dejar de vivir entre estatuas.

Gracias al incurable optimismo de Javier Gómez vuelven a tremolar esas banderas. Si la presente reedición contribuye a que el título del libro resulte algo menos justificado, habrá cumplido su objetivo.

Este libro pretende ser, en cierto modo, un homenaje a los vencidos, habitualmente desdeñados por la historia, a los miles de españoles que, desde Nuevo México al Chile más profundo, pasando por el altiplano boliviano, se dejaron la vida al servicio de un señor que seguramente no se merecía tan buenos vasallos. A su lado, y en mayor número, formaron americanos de todo color y condición, de todas las latitudes, combatiendo contra sus compatriotas por una causa de la que, en su mayoría, solo podían tener una idea borrosa, pero no por eso menos noble que la defendida por sus rivales. Derrotados, fueron condenados al escarnio o al olvido, cuando solo habían sido fieles a su rey. Hasta Fernando VII, el más ingrato de los príncipes, lo reconocería, creando la Real y Americana Orden de Isabel la Católica para «premiar la lealtad acrisolada». La de ellos, en efecto, se templó en el implacable crisol del soroche en los Andes

helados, de la sed en los abrasadores Llanos venezolanos, de las enfermedades y de la muerte, pero apenas ha hallado acogida en el recuerdo. Las siguientes líneas están destinadas a reparar, siquiera parcialmente, esa larga injusticia.

INTRODUCCIÓN A LA EDICIÓN ORIGINAL

El propósito de este trabajo no es describir las campañas de las guerras de Emancipación, labor que exigiría varios volúmenes, ni entrar en el detalle de operaciones que cubrieron medio continente. Mi deseo ha sido, simplemente, hacer una modesta obra de divulgación, nada erudita, sobre la larga lucha que sostuvieron peninsulares y muchos americanos para mantener la soberanía de España sobre sus posesiones de Ultramar. Por ello he puesto mayor énfasis en la descripción de los acontecimientos en los territorios donde la guerra tuvo verdadero carácter regular, evitando en lo posible tediosas descripciones de decenas de pequeños encuentros de escaso alcance.

Las campañas de emancipación han recibido tradicionalmente poca atención en Europa, seguramente por la debilidad numérica de las fuerzas en presencia, sobre todo en comparación con las entonces recientemente acabadas campañas napoleónicas. Sin embargo, en aquellas batallas se jugaba el destino de países enteros, por lo que en mi opinión merecen un puesto más importante del que se les ha reconocido en la historia militar.

En cuanto al Ejército realista, ha sido un Ejército maldito, como casi todos los derrotados. Por lo que se refiere a sus componentes europeos, España prefirió perder la memoria de sus fracasos, olvidando al tiempo sus sacrificios y sus triunfos.

Por lo que respecta a los americanos que lo integraron, fueron inevitablemente considerados en sus propios países

como traidores, indignos de ser recordados.

En ninguna de las historias clásicas del Ejército español, desde Clonard hasta Barado, pasando por Gil Álvaro, existen apenas referencias a la multitud de unidades locales que defendieron durante más de diez años lo que consideraban los derechos de Fernando VII.

Sin embargo, americanos y peninsulares combatieron unidos con una constancia admirable por lo que creían que era una justa causa, a la sombra de banderas hoy ya olvidadas y encuadradas en unas fuerzas *sui generis*. En efecto, sobre una estructura caracterizada por la dependencia de aquella parte de América respecto a España, se levantó una organización original. Aunque su cúpula estuvo dominada por peninsulares, en muchos de los cuerpos que la componían, europeos y americanos servían codo con codo, a las órdenes de oficiales que podían ser originarios, indistintamente, de la metrópoli o de cualquiera de los territorios ultramarinos sobre los que ondeaba la enseña con el soberbio «Plus Ultra». La vida y la muerte de esas unidades merecen, seguramente, un puñado de páginas.

Respecto a la terminología utilizada para designar a ambos bandos he preferido describirlos, respectivamente, como realistas e independentistas. El primero es un término generalmente aceptado, más preciso que la expresión «españoles» a la que con frecuencia se recurre. El segundo me parece preferible a otros como patriotas, republicanos, insurgentes o independientes.

El concepto «patria» es relativamente indefinido y desde luego, los realistas consideraban también como patriotas a los integrantes de sus ejércitos. Por otro lado, se podría hablar con Martínez Peláez de la «Patria del criollo» que no necesariamente era la de todos sus connacionales. Es este un tema vidrioso que me ha parecido mejor obviar.

La palabra «republicanos» es asimismo discutible. Lo que se dirimía en América no eran formas de régimen político, sino la independencia o el mantenimiento de la sobe-

ranía española. No faltaron por otro lado, como es sabido, tendencias monárquicas en algunos sectores independentistas.

Insurgentes o rebeldes son conceptos que en casi todos los países tienen un sentido peyorativo, por lo que me ha parecido conveniente no utilizarlos.

En cuanto al término independientes, resulta poco satisfactorio. De un lado, no es aplicable a tropas de una región que todavía no ha obtenido su independencia; de otro se podría aplicar con mayor precisión a los propios peninsulares realistas, que pertenecían a un país reconocido como soberano por toda la comunidad internacional.

Quisiera añadir que he empleado indistintamente las palabras peninsulares o europeos para designar, como se hacía en aquel tiempo, a los hombres procedentes de lo que actualmente es España.

Finalmente, deseo expresar mi agradecimiento a quienes me han ayudado en la elaboración de este trabajo: en el Servicio Histórico Militar y en la División Hispánica de la Biblioteca del Congreso de Estados Unidos he encontrado, como en ocasiones anteriores, toda clase de facilidades. El padre Storni, de la Biblioteca de Escritores de Roma, y Sofía Gandarias, jefe del Servicio de Archivo del Congreso español han derrochado paciencia con mis peticiones. Javier Malagón ha seguido aguantándome algunos años más.

El profesor Christon I. Archer me ha ayudado con sus siempre acertadas reflexiones. Salvador Bermúdez de Castro, Manuel Cacho, Eduardo Cerro, Juan Manuel Egea, Félix Fernández-Shaw, Aníbal Jiménez-Abascal, Eduardo de Laiglesia, Francisco Mata, Javier Paramio, Augusto Serrano y Leopoldo Stampa me han buscado libros que yo no lograba encontrar.

Quisiera también dar las gracias a Carmelo Angulo, a Antonio Papell y a Pedro García Domínguez por haber hecho posible la publicación de este libro, y a Zoila Torres por sus esfuerzos con mis ilegibles manuscritos.

Tegucigalpa, enero de 1990











